

Magnolia y El General

Magdalena Millan

Magnolia y el General



Magdalena Millan

Capítulo 1

El sol en la plaza era más sofocante que en el resto del pueblo, pues con todos los árboles decorando al rededor no había mucha sombra en el centro. A esa hora los rayos daban directo en la gran fuente construida de roca en 1830 por los primeros habitantes del pueblo, al norte la también antigua iglesia y al sur un gran quiosco que iluminaba por la noche la plaza con sus luces. Los músicos llegaban para amenizar la tarde de los enamorados que se paseaban por ahí; las mujeres solían llevar su reboso y un abanico en esos días calurosos; caminaban al rededor del quiosco y los chicos se reunían entre camaradas a un lado para ver a las chicas pasar. Cuando uno de ellos se interesaba en alguna de las señoritas, bastaba con tocar su brazo, si ella se detenía y sonreía podían caminar juntos y comenzaba el cortejo; pero si ella sólo lo miraba por encima del hombro y continuaba caminando, era una clara señal de rechazo.

Magnolia jamás había pasado por ahí después de las cinco. A sus veintinueve años jamás había estado si quiera cerca de la plaza a esa hora. La gente le llamaba la soltera de la hacienda vieja, y es que su hacienda era la única que había sobrevivido a la guerrilla; la mayoría habían quedado destruidas o habían sido vendidas, pero ella no solo se aferró a mantenerla en pie, sino que se vio forzada aprender a administrarla en ausencia de sus padres. Parecía una mujer fría que no tenía miedo a nada, sin embargo la gente que la conocía bien, sabía que tenía un gran corazón, ayudaba a los demás en la medida de lo posible y siempre acudían a ella por ayuda; aun aquellos vecinos del pueblo que solían criticarla los días de misa.

Esa tarde la plaza estaba llena, el sol de mediodía era insoportable, tomó su abanico y se dio aire en el rostro, sintió alivio y cerró los ojos por un instante para disfrutar de la frescura que le proporcionaban aquellas viejas hojas de plata, una de las pocas cosas que habían sobrevivido a los soldados. Ese abanico que le había obsequiado su prometido y algunas joyas que habían pertenecido a su madre, permanecieron escondidos envueltos en un trozo de manta debajo de las cenizas del fogón en la cocina, que por la escases de alimentos ya no se utilizaba, pues con la guerrilla era más común comer verduras o raíces que sembraban en el patio de la casona, o bien asar algún conejo o ave que cazaban los peones en una fogata. Cuando a la muerte de sus padres años atrás, ella había tomado la decisión de juntar a los pocos peones que quedaban con sus familias y llevarlos a vivir a la casona, la vieja cocina se había convertido en la habitación de alguno de los peones que no tenía familia. Apretados y con pocos recursos supo acomodar a toda su gente en la única propiedad que le quedaba; no era la vida de niña rica a la que estaba acostumbrada, pero era mejor que estar sola, no había espacio para todos, sin embargo

ella creía que era mejor permanecer juntos.

Pensó en ir por un raspado con Don Alfonso, pero temió que si la muchacha de la señora Sofía no la veía a la primera, volvería con su patrona quejándose de haber ido a la plaza en balde.

Abrió el abanico y esta vez lo posó sobre su rostro para cubrir sus ojos del sol, recorrió la plaza con la mirada, las palomas invadiendo en busca de migas de pan que los ancianos les aventaban y después volando asustadas por los niños que pasaban corriendo, las señoras caminando a toda prisa para ir a misa de medio día y algunos puestos de golosinas instalados al rededor.

— ¿Dónde se habrá metido esta muchacha?— Cerró el abanico y se acomodó la canasta que llevaba en el brazo, repleta de hilos, agujas y aros de bordar, y en un rincón envuelto en papel café atado con un listón dorado, el encargo de la señora Sofía: un vestido negro que ella le había confeccionado a la medida. De pronto en el lado oeste vio a la muchacha junto a un árbol besándose con el peón de Don Chucho.

— Muchacha taruga, ahora si me va a escuchar—. Caminó a toda prisa cruzando la plaza con el abanico bien sujeto, cuándo se acercó le acomodó un golpe en la espalda haciendo sonar el abanico. El peón la miró avergonzado y la muchacha volteó indignada.

— ¡Ora! ¡¿pos qué le pasa vieja loca?!—

— ¡Señorita Magnolia para ti!, dirígete con respeto, o no querrás que le diga a tu patrona lo que haces mientras ella espera sus mandados.

— ¡Chaaa! por eso ni se casa.

—La señora Sofía está esperando este vestido, ¿Acaso no sabes que hoy es la misa de su difunto esposo?

—Pos sí, pero es hasta las seis.

—Sí, hasta las seis, ¿Pero si necesita ajustes se los harás tú?

—Hay nooooo, pos si yo ni sé hacer esas cosas.

—¡Ni esas, ni ningunas!, Ándate directo con tu patrona y entrega eso rapidito. Sin detenerse que no es campo pa'ir cortando florecitas. Y usté, jalese pa'la hacienda de Don Chucho, que le pagan por trabajar no por andar distrayendo muchachas en la plaza.

Los dos la miraron con temor, sin moverse, como si esperaran a que el

regaño continuara.

—Rapidito, ¿pos que no me escucharon?

— ¡Si señoito! — Contestaron a unísono y se fueron corriendo entre risitas nerviosas.

A menudo la juzgaban por su carácter fuerte, pero pocos sabían a lo que se había enfrentado durante la guerrilla; primero a la muerte de sus padres, después su prometido fue enviado al frente y muerto en batalla. Las cosas en el pueblo estaban ya bastante delicadas; cuando llegaban los rebeldes se llevaban a las mujeres, las violaban y a muchas no volvían a verlas; ese fue el principal motivo por el que Magnolia juntó a sus peones en la vieja casona. Le preocupaba la seguridad de su gente, se preocupaba mucho por las esposas e hijos de los peones, pues eran la única familia que le quedaba.

Magnolia había mandado a construir una segunda pared detrás de la cocina, dejando un espacio menor a un metro entre muro y muro que servía de escondite para mujeres y niños. Uno de los peones había quemado maderos por la parte de afuera, para que los rastros del fuego no dejaran ver que se trataba de una pared nueva. La entrada al escondite era por el horno de piedra que estaba a unos treinta centímetros del piso, y no en alto como la mayoría de las casas, las mujeres entraban casi arrastrándose quedando pegadas unas con otras en el interior, era muy incómodo pero lograban mantenerse a salvo.

Al menos así funcionó aquella tarde, cuando el General Z llegó a la hacienda casi por sorpresa. El peón que hacía la guardia los vio cuando estaban ya muy cerca y corrió tan rápido como pudo a la casona para dar aviso. Magnolia reunió a las mujeres con sus niños para hacerlos entrar al escondite; faltaban dos mujeres por entrar cuando escuchó los cascos de los caballos y el alboroto de los peones. Dio la orden de que se encerraran bien y salió a distraer a los rebeldes, tomó un rifle de los peones y se paró en el salón principal con la mirada fija a la entrada esperando decidida a disparar si era necesario.

Cuando el General Z entró con su gente, se quitó el sombrero y lo aventó sobre una silla. Los guerrilleros inmediatamente la vieron con lujuria, Magnolia echó los hombros hacia atrás y alzó la frente con un gesto serio y retador. Sostenía el rifle con firmeza, no había un rastro de temor en ella. Uno de los rebeldes intentó acercársele y de inmediato preparó su arma, con la mirada fija en aquel hombre y mirando de al General Z no mostraba ni un gramo de temor. Los peones enseguida se acercaron a su defensa, pero otro de los rebeldes logró atrapar a uno, le apuntó en la cabeza con un revólver y gritó.

—Miré niña, si usted dispara, yo disparo.

Magnolia bajó el rifle y en un movimiento rápido y hábil el General Z le arrebató el arma, se paró frente a ella, tan cerca como pudo y la tomó por la cintura. Para su sorpresa Magnolia no dio un paso atrás. Le sostuvo la mirada intentando separarlo poniendo una mano en su pecho y empujando tanto como podía.

—Suelte a mi peón— ordenó ella, con la mirada llena de desprecio puesta sobre los ojos del General.

Vio de cerca sus ojos burlones, su respiración era suave y pudo sentir su aroma de hombre erizarle la piel. No tenía miedo, aún cuando pudo sentir el calor de su cuerpo atravesar su vestido. Él la miraba fijamente a los ojos, estaba impactado con su valentía. Verla ahí, tan firme y enojada, le hizo sentir un cálido deseo recorrer su piel, quería tenerla, quería poseerla y la jaló hacia él con fuerza.

—¡He dicho que suelte a mi hombre!— Casi tan deprisa como él la había jalado hacia su cuerpo, ella sacó de entre sus pechos un cuchillo y lo puso justo debajo de su mentón. Quizá en otra situación ella se habría sentido atraída por aquella barba, pero ahora solo sentía repulsión por el hombre que invadía su casa y maltrataba a sus peones.

El General Z soltó una risita sarcástica, ninguno de los dos se movió. Él intentó acercar su cintura de nuevo haciendo un movimiento suave con su brazo, y en ese instante sintió como presionaba con el cuchillo.

— ¡Que suelten a los peones! — Su grito firme sorprendió al General pero éste no se movió, no la soltó, ni despegó la mirada de ella; en cambio fijó su atención en aquella mano delgada que lo amenazaba. Sostenía con firmeza el cuchillo, ahora su respiración era acelerada y él pudo ver sus pechos subir y bajar agitados, sin embargo, su mirada era dura y retadora. La deseo aún más.

Los peones fueron liberados y el General Z dio la orden de salir.

—Bajé la mano mi'ja, no se me valla a lastimar, los cuchillos son pa'cocinar.

—O pa'matar a los cerdos que voy a cocinar. — Contestó sosteniéndole la mirada.

Él la jalo un poco más y los peones intentaron luchar.

—Pa'fuera ustedes también— les ordenó ella a voz firme, sin embargo, ni los hombres del General ni los peones salieron de la habitación —Sí este cerdo no me da su palabra de dejarnos en paz, me lo echo ahorita- ¡Y que

me importa si me mata!, desde mi tumba vendré a reírme de él cuando la gente diga que el gran General Z murió apuñalado por una vieja, por no aguantarse lo caliente.— Enfatizó en tono de burla y presionó con más fuerza el cuchillo haciendo una pequeña herida en la piel del General. Una gota de sangre salió y se ocultó entre la barba y el sudor. Bajó la mirada por un instante para disfrutar la herida que le había ocasionado y después volvió a verlo con la misma mirada retadora.

—No va a ser necesario chula, mis hombres y yo sólo queremos algo de comida. Le prometo que ninguno de mis hombres se le va a acercar y yo no le voy a faltar al respeto, solo si usted me lo permite. — Con lujuria volvió a apretarla contra su cuerpo y ella presionó más. Una mueca de dolor en el rostro del General y después la soltó.

Magnolia sostuvo el cuchillo en la misma posición mientras el General se apartaba. Sus miradas seguían fijas el uno en el otro. Cuando se hubo apartado del todo, ella bajo el cuchillo y él puso sus dedos en la barbilla para comprobar el tamaño de la herida, no era profunda pero sangraba un poco, sacó un pañuelo de su bolsillo y se tapó la herida.

—Usted sí que es ruda. Ruda y muy chula, pero no se va a deshacer de mi tan fácil, cuando le pongo el ojo a una yegua no me rindo hasta tenerla.

—Pues yo que usted tendría cuidado, no sea que se encuentre con su propia perdición.

—No me malentienda mi'ja, no la quiero pa'un ratito, la quiero pa'mi y nomás pa'mi.

—Pos entonces debería comportarse como hombre y no como puerco.

El General soltó una carcajada que resonó en el salón. Las mujeres en el escondite podían escuchar lo que estaba sucediendo y cerraban los ojos con fuerza, abrazaban a los niños temblando, y susurraban oraciones tan bajito como podían. Magnolia no se movió en lo más mínimo, ni hizo gesto alguno. El General intentó acercarse de nuevo y de inmediato ella levantó el cuchillo, él alzo las manos en son de paz y dio un par de pasos hacia atrás.

— Ta güeno pues, no se me altere de nuevo. Pero le advierto mi chula, que a como usted siga de rebelde yo seguiré buscando tenerla.

Caminó hacia la salida y se puso el sombrero que le devolvía uno de sus hombres.

—Vamos a esperar a fuera la comida. Mientras, dé usted la orden de que traigan agua pa'los caballos; después de comer ya veremos si nos quedamos o nos vamos. Le dio la espalda a Magnolia y caminó hacia la

salida.

—Denles lo que haya de comida. — Gritó dando órdenes a los peones y el General se detuvo sin voltear a verla. —Saquen leña pa'l fuego, si el General y sus hombres quieren tragar, que lo hagan con sus propias manos. Nosotros ya veremos después como nos las arreglamos con la comida, pero asegúrense de que coman bien, si tienen mezcal dénselo. Solo una advertencia mi General, si uno de sus cerdos vuelve a entrar a mi casa, lo estaré esperando con mi cuchillo pa'despellejarlo y cocinarlo, después de todo están dejando sin comida a mi gente.

El General giró la cabeza sobre su hombro para verla, le lanzó una mirada lujuriosa y le sonrió.

—Gracias mi chula. — Fingió caballerosidad y le hizo un gesto con el sombrero— Le doy mi palabra de que naiden de mis hombres pone pie dentro, pero yo no le prometo nada, si despellejarme es la única forma de tener sus manos en mi piel, puedo correr el riesgo. — Se acomodó el cinturón y salió de la casa con sus hombres.

Magnolia lo miraba fijamente mientras las espuelas de sus botas marcaban su salida. Los peones se quedaron parados viéndose unos a otros preocupados por ella.

— ¡Pos ora!, muévanse y hagan lo que les ordené, ientre más rápido traguen, más rápido se largan!

Cuando los peones salieron Magnolia se dejó caer en una silla. El miedo que no había sentido antes comenzó a invadirla. Las manos le temblaban y comenzó a llorar desesperada, puso su mano en su vientre y sintió la presión del brazo del General sobre su cintura, aún podía sentir su aroma y su sudor, cerró los ojos y recordó su mirada lujuriosa.

Tenía miedo, miedo de que los rebeldes se pusieran rudos con los peones y armaran alboroto, miedo de que descubrieran el escondite de las mujeres y miedo de que alguien resultara herido, pero no tenía miedo del General, lo había tenido tan cerca que estaba segura de que no le haría daño. Pero si lo intentaba, si intentaba hierla, ella estaba dispuesta a volver a hierlo y matarlo si era necesario. Se secó las lágrimas y enderezó la espalda. Había tenido el valor de enfrentar al General y podía hacerlo de nuevo, estaba dispuesta a defender a su gente y su hogar. Se prometió a si misma que lucharía con todas sus fuerzas para sobrevivir a la guerrilla, y el General Z fue el motivo de que ella se hiciera tan fuerte.

Después de que la muchacha y el peón de Don Chucho salieron corriendo, Magnolia se dirigió al puesto de Don Alfonso para comprarse un raspado. Caminó hacia una banca y con la vista clavada en el campanario de la iglesia recordó al General Z. Aquellos días de guerrilla habían terminado

tres años atrás, sin embargo, aún despertaba sobresaltada por las noches recordando la muerte de sus padres, las cosas tan atroces que habían sucedido en la guerra, y claro, recordando al General.

Con la mirada fija en la iglesia escuchó las campanas anunciar el medio día y la misa que comenzaba a oficiarse, cerró los ojos y recordó la última vez que vio al General Z.

Corría el rumor de que una cuadrilla de soldados se acercaba al pueblo buscándolo, comenzaban a sospechar que ese era el lugar en el que se escondía, así que él había mandado hombres a tres poblados diferentes para hacer desorden, ordenó robar comida y ganado y que se instalaran en algún lugar para acallar los rumores de su paradero. Por un tiempo lograron distraer al ejército, pero después llegaron soldados al pueblo amenazando a la gente para que rebelaran la ubicación del General Z, muchos por consideración a Magnolia no hablaron, pero hubo quien por temor soltó la lengua.

Cuando un peón de la hacienda anunció que los soldados se aproximaban, Magnolia convenció al General Z de ocultarse en el escondite de las mujeres; y ella, como cuando el General llegó a su hacienda un par de meses atrás, tomó un rifle y salió a recibir a los soldados, revisaron la hacienda sin encontrar nada, el sargento a cargo ordenó retirada y al caer la noche el General Z planeó moverse a otro sitio por la seguridad de Magnolia.

Cuando se despidió de ella, las campanas de la iglesia sonaban. Él prometió que tres días después, cuando sonaran las doce campanadas del medio día, volvería por ella, pero no volvió a verlo ni a tener noticias de él.

Al abrir los ojos y ver la campana de la iglesia, quieta y lejana, se sintió deprimida, sentía en su corazón esa soledad que tanto murmuraba el pueblo. Y aunque a menudo a ella no le importaba, pues los peones y su gente eran ahora su familia, había días en los que echaba mucho de menos a sus padres y añoraba con vehemencia al General.

Una vez terminado el raspado no quiso moverse, decidió quedarse en aquella banca de la plaza a bordar mientras su mente le devolvía momentos junto al General.

— ¡Le dije que si volvía a entrar aquí lo despellejaría yo misma! — susurraba con un tono firme y enfadado, no quería despertar a los peones; pero a pesar de ello, no ocultó su enojo.

El General tenía una sonrisa dibujada en los labios, como niño que es descubierto a mitad de una travesura. Se encontraba inclinado sobre ella a un costado de la cama. Lo había escuchado entrar y fingió estar

dormida. Para cuando él se acercó y se inclinó en la cama con la intención de robarle un beso, ella sacó de entre las sabanas su mano empuñando el mismo cuchillo de aquella tarde, y ahora lo tenía presionándole la panza por debajo del ombligo.

— ¿No le digo? Entre más recia se pone, imás me gusta mi'ja!

No se enderezó, seguía inclinado sobre la cama y sus ojos se encontraban a escasos centímetros de distancia. Bajó lentamente la mirada y observó sus labios; la risa nerviosa cambió por una mirada tierna y cálida. Magnolia intentó ignorarlo, temió que fuera una excusa para distraerla.

—No estoy jugando, apártese de mi cama y salga de aquí. — Sentía la respiración del General tan cerca de ella y un escalofrío le recorrió la espalda, olía a tabaco y tenía la mirada fija en sus labios.

—No he venido a lastimarla, tiene usted unos ojos muy pizpiretos y una boquita hermosa, jamás podría hacerle daño. — Su voz era dulce, casi seductora. Magnolia lo miraba a los ojos y había olvidado que le apuntaba con el cuchillo, cuando reaccionó e intentó hacer presión, el General tomó su mano con fuerza, le arrebató el cuchillo y sin dejar de verla a los ojos se acercó aún más. Tocó con la barba sus labios lentamente, para después darle un beso profundo y apasionado. Durante unos segundos Magnolia cerró los ojos y sintió que el cuerpo se le entorpecía. Aquel escalofrío en su espalda se había apoderado de ella, sintió un vuelco en el estómago y el sabor a tabaco inundar su boca. De pronto abrió los ojos y con una cachetada se apartó del General. Casi sorprendido y con una sonrisita triunfante, se incorporó y se apartó de la cama poniendo su mano en la mejilla.

—Sí que tiene la mano firme, mi chulita. — Magnolia aprovechó la distancia y salió de la cama de un brinco, corrió hacia el armario y sacó un rifle, lo cargó y apuntó hacia el General.

El General no se movió en lo absoluto, tenía la vista clavada en la bata que vestía Magnolia, los encajes blancos contrastando con su piel morena, su largo cabello negro caía sobre sus hombros dibujando ondulaciones causadas por las trenzas. Se imaginaba la curva de su cintura por debajo de la tela, y de nuevo apareció en su rostro ese gesto tierno y agradable.

— De verdad no quiero hacerle daño, vengo en son de paz; nomás quería agradecerle por la comida y pos decirle que decidimos quedarnos aquí un tiempcito. — De nuevo esa gruesa voz con toques de ternura. Lo miró y encontró en sus ojos un brillo acogedor, recordó el beso y sintió ganas de dejar de lado el rifle y lanzarse a sus brazos... ¿Pero qué cosas pensaba? ¡Era un rebelde bandolero y ella una muchacha decente y de familia

respetable!

—Pero yo no los he invitado a quedarse. Les atendí bien pa'que se largaran pronto, no pa'que se instalarán. — Intentó sonar dura y enojada, pero susurró casi con amabilidad.

El General caminó hacia ella. Lo miró directo a los ojos sin mover el rifle, no con desprecio ni enojo como lo había hecho antes, lo miró con duda mezclada en deseo.

—No se mueva porque le disparo — Una vez más, no sentía miedo del General. Lo que sentía, era miedo de ceder ante el deseo que le provocaba aquel hombre.

—No creo que dispare, no creo que quiera herirme. Porque yo no quiero herirla y usted lo sabe.

Caminó despacio hacia ella, levantando la mano para quitarle el arma. Magnolia bajó el arma, cerró los ojos inclinando la cabeza hacia un lado, como si evitara ver al General acercarse y dio un par de pasos atrás hasta chocar con el ropero. El General le quitó el arma y la puso en el suelo, Magnolia permanecía inmóvil, pegada al ropero mientras él se incorporaba y rodeaba su cintura con sus gruesas manos. La acercó hacia él apretándola contra su cuerpo.

—Mi deber está en la guerra, pero planeo quedarme con usted todo el tiempo que me sea posible — Magnolia abrió los ojos sorprendida con sus palabras y lo miró por un breve instante, hasta que él la besó de nuevo, erizándole la piel, llenándola de caricias y provocándole sentimientos y emociones que jamás había sentido.

Después de esa noche, el General pasaba varios días a su lado y después volvía a incorporarse a las batallas con los rebeldes. Magnolia esperaba impaciente su regreso y las mujeres en la hacienda no volvían a esconderse, de hecho ninguna mujer en el pueblo tuvo que esconderse más; mejor aún, ninguna mujer fue raptada de nuevo. La estancia del General en el pueblo traía seguridad para todos, otros grupos rebeldes no se acercaban porque sabían que el famoso General Z se alojaba ahí, y su gente mantenía ocupados a los soldados en otros sitios. Si bien la guerrilla aún continuaba, el pueblo se tomaba un respiro con su presencia. Cada que él regresaba a batalla, dejaba un par de hombres al cuidado de Magnolia, a cambio ella mandaba telegramas a sus familias para que supieran que estaban con vida.

Los días que el General estaba en la hacienda le procuraba toda la atención a Magnolia. Le enseñó a defenderse sin armas, por si alguna vez la pillaban desprevenida, le enseñó como zafarse de los brazos de su atacante y le enseñó a cazar. Pero sobre todas las cosas le enseñó a

sentirse segura en sus brazos, y a ser fuerte ante la adversidad. Salía a pasear con ella en los campos ahora desérticos, sus fuertes brazos la rodeaban al caminar; la protegía y la amaba profundamente. Se prometió a si mismo estar a su lado cuando los campos volvieran a florecer y cuando la tierra volviera a producir en abundancia, él quería desposarla.

Recordar aquellos momentos hizo que un par de lágrimas salieran de sus ojos casi involuntariamente. Dejó el bordado sobre la canasta y sacó un pañuelo para limpiar su rostro. Se quedó inmóvil por un instante y suspiró profundamente intentando disipar el rostro del General de su mente. Tomó el abanico para hacerse un poco de aire y en ese momento notó el alboroto alrededor de la iglesia. Pudo notar la silueta de un hombre en el campanario, los rayos del sol no le dejaban ver con claridad.

Sin duda había algo fuera de lo normal, la misa de medio día probablemente llevaba media hora oficiándose, no había motivo para que el sacristán estuviese en el campanario. Magnolia permaneció sentada en la banca observando a la gente hacer barullo frente a la iglesia. De pronto la campana se hizo sonar, el corazón de Magnolia comenzó a acelerarse y se puso de pie dejando caer la canasta. Uno... dos... tres... cuatro... contaba en su mente cada una de las campanadas que sonaban. Estaba ahí, parada frente a la banca con la mirada perdida entre los rayos del sol y el campanario. La canasta boca abajo y los hilos regados por el suelo; la gente se preguntaba qué era lo que sucedía y Magnolia aun incrédula permaneció de pie, inmóvil hasta que sonó la decimosegunda campanada. El corazón parecía detenerse en un momento de infinita alegría, corrió a toda prisa hacia la iglesia y la silueta de aquel hombre bajó por las escaleras del campanario; Magnolia se abrió paso entre la gente y de la sacristía salió el General Z, con esa barba que ella tanto amaba y sus ojos llenos de amor hacia ella. Cuando la gente se dio cuenta de lo que ocurría abrió paso para que los enamorados pudieran encontrarse. El General tomó a Magnolia por la cintura y la elevó como una muñeca de cristal, su sonrisa resplandecía más que los rayos del sol y él se enamoró aún más de ella.

Cuando sus pies estuvieron en el suelo la abrazó con fuerza y le dio un largo y apasionado beso. Ella se soltó de golpe y con el abanico le dio un trancazo en el hombro, como el que le había dado a la muchacha de doña Sofía.

—¡Eres un maldito carbón!, ¿Sabes cuantas veces pensé que te habían matado? ¿Sabes cuantas veces me pregunté si estabas herido o si estabas bien? ¿Por qué no volviste? — Lo golpeaba en el pecho sin parar de llorar, sonreía al verlo y lloraba desesperada por la angustia acumulada.

—Perdóneme mi chula, no sabe cuánto la extrañé, yo también sufrí lejos de usted y también moría por saber que estaba bien. — La abrazó con fuerza y ella escondió su rostro en su pecho, le dio pequeños besos en la

frente y le acariciaba el pelo, apapachándola como a una chiquilla. — Ya no llores mi niña, ya estoy aquí.

—¿Porque no volviste? Te amo, y creí que no volvería a verte.

—Me agarraron después de que me fui, estuve preso por dos años y luego mi compadre Pancho logro ayudarme a escapar, me fui pa'l norte y estuve fuera del país todo este tiempo, hasta que recibí la noticia de que ya no se me buscaba, y pa' pronto volví a buscarla. Yo no puedo vivir sin usted mi'ja, pos si usted es la luz de mis ojos, y el aire que respiro, ¿qué no? — La apartó de su pecho y secó sus lágrimas con las manos. —Le juro que no me vuelvo a ir jamás.

La gente los rodeaba atentos a lo que sucedía, algunas mujeres que conocían a Magnolia lloraban de la emoción, ocultaban el rostro tras sus rebosos sintiéndose felices por ella, después de todo era un pueblo chico, y en los pueblos chicos, todo el mundo se entera de las cosas que pasan.

Ignoraron a la multitud, estaban juntos y lo demás no importaba ya. El General cargó a Magnolia y se abrió paso entre la gente, la subió al caballo y juntos cabalgaron hasta la hacienda.

FIN